ANTONIORROBLES
Avenida Juarez 127 - 3
México 1. D.F.

México, a 26 de agosto de 1969.

Sr. Doctor don Horacio De Cesaris
Universidad Nacional de Córdoba

Muy respetable señor:

Recibí su carta, que me llenó de halago. ¡Córdoba! ¡Argentina! ¡La Universidad Nacional!... Pero también se me despertó una inevitable inquietud. ¡Yo no soy pedagogo! Por consiguiente, no estoy seguro de haber acertado, al remitir esas cuartillas que, desde luego, llevan mi sinceridad.

Pueden ustedes utilizarlas... o considerar que no las han recibido. Pero de todos modos, la emoción que me ha producido que se hayan acordado de mí, quedará viva conmigo.

Con el más sincero afecto le saluda,

ANTONIORROBLES

DE LITERATURA INFANTIL

Nota para el Seminario-Taller de Literatura Infanto-Juvenil - Córdoba, Argentina

Por Antoniorrobles

Es difícil, indiscutiblemente, relacionar la Literatura Infantil con la Educación del niño, cuando no poseemos la profesión oficial de la Pedagogía; pero cuando existen esos nobles deseos de mejorar tales estudios, como se ha de desarrollar en estos días en la Universidad Nacional de Córdoba, nos consideramos obligados, respondiendo a su solicitud, a ofrecer nuestro criterio personal, no con el deseo de imponerlo, eso no, pero sí para ofrecer semillas que colaboren en la meditación de los demás, sea para la censura o la aprobación.

Podemos iniciarlo atreviéndonos a comentar algo que me atrae, quizá por ciertas ideas personales. Con alguna dureza se nos ha recriminado alguna vez nuestro criterio de modificar los viejos cuentos infantiles. Hay quien lo considera una impertinente irreverencia. Y comprendo que les mueve el respeto a aquellos genios de la imaginación; lo cual me hace meditar seriamente.

Pero sucede, como es natural, que cuando las actividades personales nos acercan a la infancia (y quien ofrece estas consideraciones ha procurado a veces ofrecer su pluma a los niños), nos preocupa más, mucho más, lo que la infancia es, que todo lo demás; es decir, el mundo viene cotidianamente de los niños; en consecuencia, nada hay en el planeta que nos importe más que ellos. Y, claro está, la consecuencia es que los cuentos no nos interesan por el relato, sino por la infancia.

Siendo así, podemos aceptar, en Andersen, que se diga que Cupido, en el cuento "El niño malo", "cuando las jovencitas salen de la escuela, y aun cuando están en la iglesia, él las acecha"? Podemos soportar, del mismo famoso autor, que en su cuento de "Nicolasín y Nicolasón" (donde se esconde para los niños un amor semejante a los pícaros de Boccaccio), uno de ellos dé un hachazo a su abuela en la testa para sacar algún dinero?... Además, en los relatos de la infancia no debe haber sucesos de amor que tengan que esconderse.

Por cuanto a Grimm, es correcto ofrecer al niño el relato en que un pajarito, para vengarse de un hombre (del que en ese cuento, el ave anuncia constantemente: "¡te costará la vida! ¡te costará la vida!"), se ponga en la cabeza del enemigo, y cuando la esposa va a dar un hachazo al pájaro, mata al marido? Y es soportable, ya, que el lobo de Perrault se coma a Caperucita y allí quede "requiescat in pace"?

Tampoco es apropiado el ofrecer al niño las viejas leyendas en su exactitud, ni las de los pueblos que están por civilizar. Una editorial publicó no hace mucho un librito titulado "Cuentos de negros para niños blancos", que en su nota preliminar dice así: "Estos preciosos cuentos que sostienen los ideales, la moral, etcétera, de los negros de Africa, nos enseñan la mentalidad de estos pueblos tontamente llamados salvajes". Y este libro, que se ofrece al niño de hoy como una cosa apropiada, tiene relatos en los que aparecen cosas tales como estas: "Las víboras cayeron por todas partes sobre la tribu y no dejaron a ningún mono con vida; todos perecieron de muertes horribles". "A continuación, el leopardo se zampó a la cebra". "Fueron, pues, muertos, el leopardo y la jirafa". "El elefante se limitó a colocar el pie sobre la cabeza del reptil y aplastarla"... En fin, que se trata de entretener al niño con las muertes, como si fuese útil, en la infancia, advertirle cuál es la zoología traviesa; cosa que se aprende oportunamente y sin lección.

Pasemos ahora a Amicis, el hombre que quiso acabar con las brujas y las hadas, y con los perros que hablan (tres seres en los que el niño no cree, pero acepto porque pueden ofrecernos al final una alegre ternura). Amicis, por su deseo de amargo realismo, en su libro infantil, famoso, titulado "Corazón", publica un capítulo dedicado a los muchachos ciegos, en el que un maestro (ejemplar según el autor), dice a los niños que los ciegos "están sumergidos en perpetua oscuridad y como sepultados en las entrañas de la Tierra". Y añade que hay ciegos "que sobrellevan la ceguera con cierta calma y hasta con presencia de ánimo; pero bien se trasluce, por la expresión desdeñosa y fiera de sus semblantes, que

deben haber sufrido tremendamente antes de resignarse a aquella desventura". Esto dice Amicis, en vez de conseguir, para evitar el dolor de los ciegos, la felicidad de que se les trate con cierta cordialidad, sin diferencias con los demás humanos. Pero qué se puede esperar de un libro para niños, en el que hay capítulos que se titulan "Mi maestra muerta", "Los niños raquíticos", y "El chiquitín muerto"?... Oh, no, no!; yo no soy partidario de ofrecer dolores para entretener a la infancia; ni siquiera deseo entretenerla con las angustias de los malos y los pícaros, que según algunos criterios, sirven para que el niño sepa que, siendo malo, recibirá su castigo. No, no, no! En primer lugar, cuando se deja de hacer una maldad porque puede morderle a uno el león del cuento, o porque se teme que le lleven (si es adulto) a presidio, su maldad sigue dentro del individuo; y en segundo lugar, esas maldades que sufren los malos del relato son, frecuentemente, entretenimientos del lectorcito.

El malo, con ciertas limitaciones, puede aparecer en las escenas del cuento, porque es preciso sujetar la atención del niño con objeto de llevarle con ello a un buen final. Ah!, pero la mejor condición del personaje malo (es un criterio personal, lo comprendo), es que nos sirva para que sea perdonado por otro personaje; lo cual ofrece ternura a la historia; y no me importa para ello (ya que ese perdón puede ser lo más trascendente del relato), que haya brujas, hadas, príncipes o lapiceros que hablen, o que surjan un perro y un caballo mudos, que con su realismo nos llevan a una feliz y risueña bondad.

Yo recomiendo que todos esos cuentos de Grimm, Perrault y Andersen, fruto de indicutibles genios que los siglos han sabido conservar, sean modificados por nuestro siglo (ya pasada su mitad), donde la civilización va tan rápida y científica, que se deja atrás a los niños. Modificar sus cuentos, para ofrecerlos a la infancia de este medio siglo XX, yo considero como un homenaje que ofrece nuestro tiempo a esos escritores de la imaginación genial, que muchas veces ni siquiera pensaban en los niños, sino en la ingenuidad de aquellas gentes de sus tiempos; "cuentos de viejas", como se ha dicho alguna vez.

No han faltado, naturalmente, quienes ofreciendo un punto más a la censura que a mi criterio se le hacía, me aseguraron que, en ocasiones, a los niños les gusta más el cuento primitivo. Y así es, seguramente, cuando la morbosidad está presentada genialmente por aquellos escritores.

Pero a mí no me interesa saber cuales son los relatos preferidos por el niño. Yo sé, desde luego, que a los niños hay que adivinarles su criterio, porque ellos no se lo saben adivinar a sí mismos; desconocen sus preferencias. Mas no me interesa darles lo que desean; lo que yo quiero es hacerles desear lo que les conviene; es decir lo que el maestro considere que les conviene; para lo cual, el escritor, el corrector de aquellos cuentos famosos, ha de tener cuidado de conservar, pero limpias de morbosidades, las viejas inquietudes.

Es difícil, pero hay que buscar una nobleza que pueda caminar en lazo con las rapideces de la civilización. Personalmente, he aquí nuestro resumen: el día en que todos aprendamos a perdonar, ya no habrá que perdonar a nadie.

Antoniorrobles